

# SANGRE DE MARIPOSAS

OBRA ORIGINAL DE

**M. C. Posselt**



**Diversidad Literaria**

Este libro no podrá ser reproducido total ni parcialmente sin el previo permiso de Diversidad Literaria S.L., [www.diversidadliteraria.com](http://www.diversidadliteraria.com)

Todos los derechos reservados.

© Sangre de mariposas

© Diversidad Literaria S.L., B86873445

ISBN: 978-84-19629-09-8

Depósito: M-27639-2022

Autora: M. C. Posselt

Maquetación y Corrección Diversidad Literaria S.L.

*Para todas las mariposas que, afortunadamente, revolotean a mi alrededor. En especial, para mis dos hijas, cuya «metamorfosis», de bebé a adulto, tengo el privilegio de presenciar, día tras día, con orgullo.*



# Índice

I.....	9
II.....	11
III.....	17
IV.....	23
V.....	29
VI.....	37
VII.....	45
VIII.....	49
IX.....	51
X.....	59
XI.....	71
XII.....	77
XIII.....	81
XIV.....	87
XV.....	93
XVI.....	95
XVII.....	101
XVIII.....	109
XIX.....	111
XX.....	115
XXI.....	121
XXII.....	127
XXIII.....	133
XXIV.....	139
XXV.....	145
XXVI.....	149
XXVII.....	157

XXVIII.....	163
XXIX .....	173
XXX.....	175
XXXI .....	183
XXXII.....	193
XXXIII.....	195
XXXIV .....	209
XXXV.....	213
XXXVI .....	223
XXXVII .....	231
XXXVIII.....	241
XXXIX .....	245
XL.....	253
XLI .....	257
XLII .....	265
XLIII.....	271
XLIV.....	275
XLV .....	283
XLVI.....	291
XLVII .....	299
XLVIII.....	309
XLIX.....	319
L .....	323
LI .....	331
LII.....	341
LIII.....	347
LIV .....	351
AGRADECIMIENTOS.....	355

# I



Tampoco pido tanto. Consigo seguir cerca de ella, pero tengo la sensación de que ni me ve ni valora mi presencia. Parece estar constantemente por encima de todo y yo, en mi humilde posición, aunque me esfuerce en destacar, en hacerle notar que estoy ahí, siempre parezco ser la mota de polvo más insignificante del universo.

Ella ha conseguido tanto y, en cambio, a mí me toca permanecer en una posición rezagada, a sus pies, agradeciendo que se me permita formar parte de su vida. Sin embargo, sé que tengo un gran papel. Nada sería lo mismo sin mí, ni siquiera ella sería la misma si yo faltara.

La observo atentamente mientras ella, ignorando la absoluta atención que le presto, sigue con su vida, agarrándose con fuerza a sus convicciones, llevándose al plano personal las injusticias que se le antojan más inhumanas e imperdonables. Es tal su obsesión que, de forma inconsciente, acaba creando elaboradas compulsiones, como si de un antídoto se tratara, las cuales en realidad se quedan a años luz de su objetivo. Finalmente solo consiguen dar más vida a aquellas ideas recurrentes, en vez de ser un arma para superarlas, a pesar de que precisamente fuera aquella su primera intención.

Alguien debe estar allí para ella, para evitar que los casos la devoren, para demostrarle que no debería ir por libre, que es preciso incluir en su vida a aquellas personas imprescindibles, que aportan otra perspectiva, que pueden estar a su nivel y ayudarla a hacer justicia. Y yo soy esa persona. Sé que puedo estar a la altura. Tengo la certeza de que soy capaz y lo haré.



## II

La esterilla se extendía a lo largo del suelo del comedor. El sofá arrinconado hacia la derecha del salón, arrimado a la pared, lucía cubierto de una suave manta en un intento bastante fútil de evitar que se llenara del pelo blanco y canela de Greco, su *pointer* inglés, el cual descansaba a sus anchas, ocupándolo por entero. Su oreja caía graciosamente por el borde de un cojín y sus ojos color miel no se despegaban de Olivia, que practicaba sus ejercicios matinales con gran dedicación. Tras hacer cincuenta sentadillas, se puso en plancha y dedicó un buen rato a hacer flexiones. Hacía calor. El sudor resbalaba por su cuerpo y su larga melena oscura caía entre sus hombros. Se incorporó para sujetarse el pelo con un coletero, en un alto moño despeinado del cual escapaban varios mechones, y continuó su rutina con unas abdominales. Tras unos cuantos ejercicios más, se dio por satisfecha.

—Ya es suficiente por hoy, ¿no crees, Greco?

El can despegó su cabeza del sofá y levantó las orejas, demostrando una gran atención por lo que ella le decía. Olivia se sentó sobre sus piernas, de rodillas, estiró los brazos y reclinó su cuerpo por completo, apoyando el abdomen sobre los muslos y la cabeza sobre la esterilla, en la postura *ardha kurmasana* de yoga, buscando un momento de relajación y estiramiento después del intenso trabajo muscular. Greco vio la oportunidad, se bajó ágilmente del sofá y se dispuso a lamer la cara de Olivia, metiendo su hocico por debajo de sus brazos, empujándolos hacia arriba con gran insistencia.

—¡Oh, vamos, Greco! ¡Déjame! —gritó entre risas, hasta que se dejó convencer y se tumbó a su lado en la esterilla, llenándole de tiernas caricias.

—Vaya, vaya, de modo que haciéndole mimitos al perro antes que a mí —se quejó Bras, observándoles desde el quicio de la puerta, mientras una gota de sudor se deslizaba por su sien, abriéndose paso entre su pelirroja cabeza rapada al siete. Sacudió la camiseta sudada en un intento de despejarla de su cuerpo. Acababa de llegar de correr.

—Te lo compensaré —pronunció con voz sensual Olivia—. ¿Te vienes conmigo a la ducha? —sugirió.

Bras no lo dudó ni un instante y asintió con la cabeza, esbozando una sonrisa perversa que cambió por completo la expresión de su rostro. Olivia, aumentando a consciencia la tensión sexual entre ellos, dedicó unos instantes a recoger la esterilla, enrollarla y poner el sofá en su lugar, echándole alguna que otra mirada lasciva, mientras su impaciente marido aguardaba con la libido disparándose.

Se metieron los dos en la amplia ducha, bajo el cabezal que les mojaba al estilo de una llovizna, y se enjabonaron mutuamente, obsequiándose con húmedos y cálidos besos. Olivia notó la evidente erección de Bras cuando este se apretó contra ella y le subió una pierna, que ella se afanó en enroscar alrededor de la cadera de su chico. Con un movimiento certero, se introdujo en Olivia y, sujetándola contra la pared, la sacudió arriba y abajo, clavándola profundamente en su dureza. El agua resbalaba entre sus cuerpos jadeantes y sus pieles erizadas por la excitación. El roce de las gotas que recorrían los pechos de Olivia le endurecieron los pezones y Bras podía notarlos cuando le rozaban al acercarse sus cuerpos con el vaivén de sus movimientos. Olivia levantó súbitamente la otra pierna, cogiendo impulso, y acto seguido quedó totalmente clavada en la erección de Bras, que, ante tal profundidad, alcanzó el clímax. Al lograrlo, dio un pequeño respingo, arqueándose, introduciéndose todavía más en Olivia, si cabe, y también ella llegó al orgasmo.

Bras la contempló embelesado, apartó un mechón empapado que caía por delante de sus ojos y la besó apasionadamente, agarrado a la estrecha cintura que acentuaba, en proporción a sus caderas y pecho, la voluptuosidad del cuerpo de Olivia. Era y siempre había sido tan hermosa... En su fuero interno, deseó y rogó que todos los días fueran como aquel, que Olivia siempre estuviera así de relajada y de buen humor.

—Te invito a comer en el Naguabo. Debes reconocer que es tu restaurante favorito —dijo él, dispuesto a ponerle la guinda a aquel día, que empezaba de una forma muy satisfactoria.

—¿Cómo no iba a serlo? Fue al que me llevaste en nuestra primera cita.

Hacía tiempo que no iban a ninguna parte. De hecho, Bras se sorprendió de que ella estuviera tan receptiva. Sin demorarse demasiado, se vistieron para salir a comer juntos. Sin duda, le resultó tremendamente gratificante ver a Olivia arreglarse, dejando a un lado su uniforme, que desde hacía un tiempo se había convertido en su atuendo habitual. Lucía preciosa con su falda ocre y los botines del mismo color, que dejaban a la vista sus largas y contorneadas piernas cubiertas por unas *sexis* medias de rejilla. Su jersey, de una tela negra muy fina, colgaba hacia un lado dejando un hombro al descubierto. Ella se afanaba en mantener su largo pelo oscuro a un lado, asegurándose de que el sensual hombro siguiera a la vista.

Bras se puso unos vaqueros ajustados que destacaban su culo prieto y una camisa negra que le daba un aire tremendamente misterioso. La barba bien recortada y perfilada le aportaba un atractivo especial, muy varonil. Las horas de gimnasio y las largas maratones matutinas se traducían en aquella musculatura bien perfilada que se intuía bajo la vestimenta. Le gustaba cuidarse y tras esa fachada de *tiarrón*

fornido y seguro de sí mismo, era más fácil esconder lo frágil que se sentía, cuánto deseaba proteger a Olivia aun sabiendo que ella sabía hacerlo sola y que, para más inri, detestaba que alguien pretendiera hacerlo. Odiaba el miedo a perderla que le consumía y que no sabía cómo gestionar, mientras intentaba en balde adivinar siempre sus deseos y sus necesidades, sintiendo que ella le venía grande.

Tras subirse al coche y conducir unos cuantos kilómetros llegaron a Granollers y, después de un paseo pasando por la emblemática Porxada y por las calles y callejuelas que ya les resultaban tan familiares, entraron en el restaurante. Caminaron por el largo pasillo, dejando atrás la barra y cruzándose con varios camareros cargados con bandejas llenas, hasta llegar al comedor y tomar asiento. Olivia sonrió y Bras se sintió feliz. No recordaba la última vez que la había visto tan radiante y disfrutando del momento, dejando a un lado su trabajo.

El camarero, muy amablemente, les acercó una carta y les hizo unas sugerencias sobre las especialidades de la casa. Decidieron compartir un surtido de verduras a la brasa y luego tomaron un segundo cada uno. Bras se decantó por el trío de hamburguesitas, una de ellas con salsa de pimienta verde, otra con salsa roquefort y la tercera con cebolla confitada. En cambio, a Olivia le apeteció tomar una de las deliciosas pizzas, y pidió la Gruyère Calzone. Adoraba el queso *gruyère*, especialmente la variedad suiza. Lo acompañaron con unas copas de verdejo. Llegados a los postres, se sentían ya tan saciados que en principio pensaron en no pedir nada, pero se sintieron tentados a probar el helado de yogur con crema de fresas y finalmente pidieron uno a compartir.

Súbitamente, mientras tomaban los cafés, se escuchó sonar el móvil de Olivia. Removió la mano dentro del bolso en su búsqueda, bajo la inquisitiva mirada de Bras, que frunció el ceño e hizo un mohín. Sus profundos ojos verdosos se clavaron

en ella, con la clara intención de disuadirla de contestar. Rogó internamente que no lo hiciera y ella, adivinando sus deseos pero sin intención de complacerlos, se excusó, aclarándole que era el número de comisaría, y atendió la llamada de todos modos.

—Subinspectora, siento molestarla, pero creí que desearía estar informada. Hemos tenido que soltar a Héctor Valladares, por falta de pruebas. Han pasado las setenta y dos horas y no se ha hallado nada concluyente en su contra.

—¿Cómo? ¡Joder, qué mierda! —dijo, entrecerrando sus ojos con rabia y apretando un puño—. Gracias por informarme, Christian.

Con el rostro desencajado, presionó el círculo rojo en la pantalla, dando por terminada la llamada, y bloqueó el dispositivo, mientras seguía murmurando «Mierda, mierda, mierda...» con la mirada perdida.

—Necesito volver a casa, Bras —dijo ofuscada.

—Vamos, Oli, no me jodas... Hoy íbamos a pasar un día en pareja, tranquilo, no lo estropeemos ahora, haz el favor.

—He dicho que quiero volver a casa —dijo con contundencia, con su oscura mirada intensamente clavada en la de su marido.

Bras no volvió a mediar palabra. Pensó tristemente en que había perdido muchísimo poder de persuasión en los últimos años. O bien Olivia ya no le amaba tanto como al principio. Una solícita camarera les llevó unos chupitos, cortesía de la casa, y Bras se lo agradeció encarecidamente mientras a Olivia le pasaba totalmente desapercibido aquel detalle por parte del local. Decepcionado, Bras pagó la cuenta, caminaron a paso ligero hasta el coche, se subieron en él y, en silencio, volvieron a su hogar. Durante el viaje, Olivia observó el exterior a través

de la ventanilla, encolerizada mientras se removía en el asiento como si hubiera fuego debajo de este. Llegados a Barcelona, Olivia cruzó el umbral de la puerta con decisión, ignorando el empeño de Greco por darle la bienvenida y recibir una caricia a cambio, y se dirigió directamente a su escritorio. Se sentó, levantó la tapa del portátil, dejando la pantalla a la vista, accionó el botón de encendido y se pasó las manos por el pelo varias veces, en muestra de nerviosismo e impaciencia.

En un abrir y cerrar de ojos, su impoluto escritorio se llenó de papeles y más papeles, en los que Olivia anotaba datos que intentaba relacionar entre sí en una especie de croquis que la ayudaba a ver toda la situación con cierta perspectiva y en su globalidad. Sin embargo, si debía ser sincera consigo misma, realmente faltaban pruebas. Muchos de los cabos seguían sin atar y no podía hacerlo con tales carencias. Cuanto más se daba cuenta de ello, más angustiada se sentía y con mayor ímpetu seguía repasando cada una de las pistas, en una búsqueda incesante de un detalle que se le hubiera escapado y que, al hallarlo, le permitiera por fin encarcelar a Héctor.